



Henri Gervex. *El jurado del Salón de París examinando las obras presentadas* (1885). Óleo sobre lienzo. 299 x 419 cm. Museo d'Orsay, París.

El jurado y el proceso de selección de obras

«Cada día los vigilantes preparaban el trabajo, una interminable fila de grandes cuadros colocados en el suelo [...] y, cada tarde, desde la una, los cuarenta, con el presidente a la cabeza, armado de una campanilla, reiniciaban el mismo paseo. Los juicios se emitían de pie, se despachaba lo más rápidamente posible la tarea, rechazando sin votación las peores telas; sin embargo, las deliberaciones hacían detenerse a veces al grupo, se discutía durante diez minutos, se reservaba la obra motivo de discusión para la revisión de la tarde [...] La mayoría llevaba consigo cuaderno de notas, para no olvidar a nadie, en medio de la lluvia de recomendaciones que caía sobre ellos; y los consultaba, se comprometían a votar a los protegidos de un colega, si este votaba a los suyos [...] Todos los cuadros que no alcanzaban un metro cincuenta eran juzgados en la única sala donde había sillas, incluso mesas, con pluma, papel y tinta. Muchos miembros del jurado olvidaban sus funciones para despachar su correspondencia personal, y era preciso que el presidente mostrara su descontento para contar con mayorías presentables. A veces brotaba el fuego de la pasión, la votación a mano alzada se hacía en un estado tan febril que se agitaban sombreros y bastones en el aire, por encima de la tumultuosa oleada de las cabezas.»

Émile Zola: *La obra* (1886). Se cita por la edición Debolsillo Clásica; Madrid, 2014, pp. 365-367

El marchante

«Paul Durand-Ruel (1831-1922) es el único de quien puede decirse que realmente inventó el oficio de marchante de arte. Reconocerlo no resta misterio al hecho de que este burgués ultraconservador, monárquico, católico y con prejuicios xenófobos lo arriesgará todo para defender a esos revolucionarios que fueron los primeros impresionistas: Degas, Manet, Renoir y los demás. Puso en peligro su buen nombre, su fortuna y la estabilidad de su familia para sostener a un agitador como Courbet, un anarquista judío como Pissarro y un republicano como Monet. Sus profundas convicciones artísticas le permitieron sacrificarlo todo para mantener a sus pintores, ofreciéndoles unas condiciones de creación que resultaban insólitas en aquel momento.»

Pierre Assouline: *Paul Durand-Ruel, el marchante de los impresionistas*; Barcelona, 2008